

Los "gachupines", de Valle Inclán, y "Los intereses creados", de Benavente

ESTAS líneas ni son de crítico, ni tienen pretensiones docentes, ni son sino las impresiones de un lector, muy asiduo, ferviente y entusiasta, y de un escritor mediocre, que dice lo que ve y siente, como lo dice Valle Inclán *ain*, como lo decía Benavente cuando el prodigio de sus obras *no gustaban*.

Dos acontecimientos literarios muy interesantes se han dado en estos últimos meses en España: el estreno de *La mariposa que voló sobre el mar*, de Jacinto Benavente, y la publicación de *Tirano Banderas*, de D. Ramón del Valle Inclán.

Lo primero que extraña y conturba á un espíritu imparcial no es el éxito, que en ambos casos sería archimerecido, sino la *desproporción del éxito*.

Mientras á Benavente se le ha hecho un triunfo merecidísimo, como cuantas pleiteas se rindan al maestro de maestros, el libro del autor de las *Sonatas*, hasta ahora, está bajo la campana neumática. Busquemos las causas.

La mariposa que voló sobre el mar es un encanto de comedia (y conste que sólo puedo hablar por su lectura, pues, entre otros defectos, tengo el no flojo de ser sordo como una tapia); pero no alcanza, ni con mucho, á *La noche del sábado*, *Señora Ama*, *La Malquerida* y *La princesa Bebé*, y claro que á *Los intereses creados*.

Siendo un prodigio de técnica, su valor espiritual es limitado, local, como si dijésemos, no *humano*, como el de las citadas joyas; es un valor que podría compararse al de *La comida de las fieras* ó al de *Lo Cursi* (una de las más lindas y perfectas comedias que existen, y no sólo en habla castellana). Interesa el conflicto y la moral que de él puede derivarse á un pequeño grupo en el mundo, un grupo sintomático y genérico, el grupo de las gentes cuya ambición, servida por la imaginación (que no es el talento), les hace querer remontarse á los espacios de las águilas con alas de mariposa.

¿Entonces? Entonces el maestro mismo tiene una obra, maravilla entre las teatrales maravillas, *Los intereses creados*, que da la clave de muchas cosas. Los que hicieron el vacío á *La noche del sábado* y *La princesa Bebé*; los que, con escama ante la rebeldía del autor, iban á ver *Los malhechores del bien* ó *La comida de las fieras*, al creer ya suyo (no humano, sino suyo) al que dió al teatro *El collar de estrellas* ó *En campo de armño*, aplauden, y no sólo aplauden, sino le hacen suyo. A ello se unen las mujercitas que ven su ensueño roto y las que aun esperan, y las actrices en busca de su papel, y los empresarios y... qué sé yo cuántos más á que mueven *los intereses creados*.

Y vamos con *Tirano Banderas*. Esta novela, la primera novela grande de Valle Inclán, no tiene el éxito formidable que merece, por cobardía de unos, egoísmo de otros y dejadez de los más.

Los que, sin comprender la divina música de las *Sonatas*, aplauden... porque está bien aplaudir, se asustan y retroceden ante los tiranos, los coronelitos, los licenciados y los gachupines. ¡Caramba! Es mucho atrevimiento meterse con la gente de allá, la gente que, al fin y al cabo, corresponde á épocas españolas de revolución, bandolerismo y contiendas civiles, y puede costarnos que nos cierren la llave de

la cajita. Y ante la perspectiva de que el rico dinerito no les llegue á las manos, se asustan y optan por inhibirse, pues si el pasado español no les importa gran cosa, ¿qué ha de importarles *aquél*?

No, aquí es donde hace falta hablar claro. No puede tomarse al tirano Banderas, ni á los coronelitos, ni á los gachupines como representativos. ¿Qué habían de ser! En Suramérica hay infinidad de hombres de valía, honrados, valientes, abnegados, desprendidos, ecuanimes, artistas... De *aquella* pesadilla apenas queda en pie. Claro que hay aún de lo otro, como en todas partes; pero admitir que porque un autor los saque en una novela denigra á los grandes pueblos americanos, es tomar la parte por el todo, algo así como en una obra que salga Diego Corrientes ó José María el *Tempranillo*, aparentar creer que se pinta España. Verdad es la España de Zuloaga y verdad la de Sorolla, como verdad era la de Fortuny, la de Pradilla y la de Sala. Todo está en el punto espiritual de enfocamiento.

Un poco menos de *coba* interesada á los hermanos de América y un poco más de alta estima consciente.

Yo no sé si llegaré á ir nunca á América (á la del Norte iría como á Niza ó Deauville, sin interés espiritual ninguno, como no fuese á los misteriosos pueblos de pieles rojas); pero si voy pueden estar los americanos seguros de que no iré á buscar su dinero. Iré con mi sentimentalidad y mi sensibilidad á flor de piel; iré con respeto y veneración, con emocionado fervor, pronto al entusiasmo y á la emoción; veré con orgullo lo bueno y con frialdad lo malo. Sin ir, miro como quizá los dos más altos poetas de habla castellana á Rubén Darío y Nervo; admiro á Lugones, al mismo Santos Chocano, á Obligado; pero sonrío como sonrío aquí ante muchos vates mediocres.

Yo no sé si Valle Inclán siente desdén por algo de allá, ni si confunde en el desdenoso término de gachupines á tantos beneméritos españoles como fueran allí, no lo creo. Evocando de algo que me es grato y familiar, como familiares nos son los personajes de los cuentos de hadas, los Incas y los Aztecas, los Toltecas y los Mayas, le he visto hablar con el respeto que hablaría de los Tolomeos.

Siento por eso, ante los hechos, desvío por la sequedad de nuestra vida intelectual. En arte hay dos valores: uno el estético, que es el real valor para juzgar la obra artística; otro el ético, respetable. Lo que no es respetable es el convencional valor creado por el egoísmo, de *lo que conviene*.

No pueden aceptarse cosas impuestas por tal valor convencional y falso. No admiremos todo lo admirable, amigo ó enemigo. Sepamos inclinarnos ante Maura y ante Pi y Margall; ante Galdós y ante el padre Coloma; ante Zuloaga y ante Madrazo; ante lo grande, lo noble, lo inspirado, lo bello, sin pensar... si nos conviene ó no.

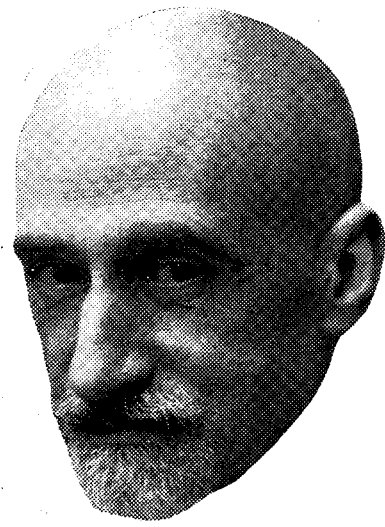
Hay en la obra de D. Ramón una fuerte é intensa belleza. En su prosa, rica, policromada, exuberante, tienen las evocaciones una fuerza de plasmado extraordinaria, y aun algunas veces encuentra el maestro la palabra cabalística que sugiere.

Con un gesto, que algunos pudieron creer arbitrario, ha subtulado algunas de sus obras *comedias bárbaras*; otras, *esperpentos*. Pues bien: es el caso que muchas veces en los estrados de viejas parientas rezagadas habrán los lectores oído, ante una de esas viejas colecciones de admirables grabados en madera, de un poder de evocación portentoso, á alguna dama: «¡Oh, qué lindos esperpentos!»

Pues bien: esa fuerza de los grabados viejos revive en las páginas de Valle Inclán. Así, veamos un *fondo*:

«La llama del sol encendía con destellos el arduo tenderete de azoteas, encastillado sobre la curva del puerto. El vasto mar ecuatorial, caliginoso de tormentas y calmas, se inmovilizaba en llanuras de luz desde los muelles al confin remoto. Los muros de reductos y homabaques destacaban su ruda geometría castrense como *buldoogs* trascendidos á expresión matemática...»

Y así las florestas, los arenales, los pantanos del trópico, y, en fin, los fondos todos de esos cuadros en que se mueven como sombras chinecas las figuras evocadoras de fantasmones y personajes de mediados del pasado siglo.



DON JACINTO BENAVENTE



DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN